

EL AVARO

de Molière

Versión adaptada por Juan Antonio García Barquero

PERSONAJES

EL SEÑOR HARPAGÓN

CLEANTO, hijo de Harpagón.

ELISA, hija de Harpagón.

EL SEÑOR ANSELMO

VALERIO, enamorado de Elisa.

MARIANA, enamorada de Cleanto.

MAESE SANTIAGO, cocinero y cochero.

DOÑA CLAUDIA, sirvienta de Harpagón.

FLECHA, criado de Cleanto.

MAESE SIMÓN, agente de préstamos.

EL COMISARIO.

PROSINA, intrigante.

(LA ACCIÓN EN PARÍS, EN CASA DEL AVARO HARPAGÓN)

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Valerio y Elisa

VALERIO.- ¿Cómo, mi adorada Elisa? ¿Estáis triste después de haber sido tan amable conmigo? Os creía dichosa y ahora algo turba mi alegría. ¿Son vuestros suspiros el arrepentimiento por vuestra promesa de amor?

ELISA.- No, Valerio. No podría arrepentirme de estar enamorada de vos. Es un sentimiento demasiado fuerte y demasiado suave como para desear que cambie. Pero me preocupa que todo esto no acabe bien.

VALERIO.- ¿Qué podéis temer?

ELISA.- Cien cosas al mismo tiempo. La incomprensión de los padres, los reproches de la familia, el recelo de la gente... Y sobre todo, la veleidad de vuestro corazón de hombre, pues los de vuestro sexo acostumbráis a pagar con frialdad el amor de una inocente mujer.

VALERIO.- ¡Me ofendéis al juzgarme como a los demás! Sería capaz de todo antes que faltar a mi promesa. Mi amor durará toda la vida.

ELISA.- ¡Todos los hombres dicen lo mismo! Sois en todo igual a ellos por vuestras palabras. Sólo vuestras acciones mostrarán la diferencia.

VALERIO.- Si solamente mis acciones os demostrarán cómo soy, juzgadme por ellas y no busquéis mis faltas en vuestros injustificados temores. Dadme tiempo para convencerlos con la honradez de mi amor.

ELISA.- ¡Con qué facilidad nos persuaden aquellos a quienes amamos! Sí, Valerio, no os creo capaz de engañarme. Confío en que vuestro amor me será fiel. No dudo de esto, pero temo al juicio de la gente.

VALERIO.- ¿Por qué os inquietáis?

ELISA.- No habría miedo si todos os mirasen con mis propios ojos y supiesen cuanto yo sola sé. Cómo arriesgasteis la vida para salvarme de las aguas; cómo habéis olvidado a los padres y a vuestra patria, con tal de estar a mi lado; cómo habéis encubierto vuestra persona y vuestra fortuna ocupando un puesto de criado de mi padre. Todo esto es realmente tan maravilloso... Pero no estoy segura de que os justifique ante los demás.

VALERIO.- La forma de ser de vuestro padre justifica cuanto hago, Elisa. Su excesiva avaricia y su miserable forma de vivir... Perdonadme si me expreso de este modo, pero ya sabéis que en este tema es imposible decir nada bueno. Si pudiera al fin encontrar a mis padres...

ELISA.- ¡Ah, Valerio! No os mováis nunca de mi lado, os lo suplico. Pensad ahora únicamente en obtener el favor de mi padre.

VALERIO.- Ya veis cómo me las he arreglado para formar parte de la servidumbre y cómo me he cubierto con la máscara de la simpatía para agradarle. Diariamente finjo, puesto que para conquistar a un hombre no hay mejor cosa que aplaudir sus palabras, alabar sus defectos y

coincidir con él en sus propios vicios. Por mucho que exagere el halago y por patente que sea el engaño, hasta los más inteligentes tragan el anzuelo de las alabanzas. Quizás mi sinceridad sufre con este papel que represento, pero si he de conquistar a vuestro padre, la culpa no es de quien le adula sino del que desea ser adulado.

ELISA.- ¿Por qué no intentáis también obtener el favor de mi hermano?.

VALERIO.- No sería fácil contener espíritus tan distintos y concertar la confianza del padre y del hijo a un tiempo. Pero vos sí podríais tener influencia sobre vuestro hermano hasta ponerlo de nuestra parte. Me parece que llega. Procurad hablarle... Me retiro.

ELISA.- No sé si tendré valor para sincerarme con él. *(Sale Valerio por una parte y al poco entra Cleanto por otra).*

ESCENA SEGUNDA

Cleanto y Elisa

CLEANTO.- Me alegro de encontrarte sola, hermana mía, pues deseo hablarte y comunicarte un secreto.

ELISA.- Estoy dispuesta a escucharte. ¿Qué secreto es ése?

CLEANTO.- Todo puede reducirse a una palabra: amor.

ELISA.- ¿Amas?

CLEANTO.- Sí, amo. Pero, antes de proseguir, ya sé cuáles son mis obligaciones. Que dependo de un padre; que el hijo debe someter su voluntad; que no debo enamorarme sin el consentimiento de quien me dio la vida; que el Cielo les ha hecho dueños de nuestros destinos; que los padres están siempre en mejores condiciones que nosotros para juzgar sobre lo que más nos conviene; que debemos prestar oído a su experiencia y no a nuestro deseo; y que, en fin, la juventud lleva siempre por mal camino... *(Hace una pausa y mira a su hermana).* Si te hago esta relación, querida hermana, es para evitarte el trabajo de recordármela. Un enamorado no desea oír esas cosas, y te ruego que lo comprendas.

ELISA.- ¿Te has comprometido ya con la que amas?

CLEANTO.- No, pero estoy decidido a hacerlo.

ELISA.- ¿Quién es tu enamorada?

CLEANTO.- Una joven que vive no lejos de aquí y parece haber nacido para enamorar a quien la contempla. Es adorable, y me sentí cautivado desde el primer momento. Se llama Mariana y vive con su buena madre, delicada de salud y por quien la joven siente gran cariño. La cuida, la atiende y la consuela con una ternura que conmueve el corazón. Es encantadora en todo cuanto hace; su dulzura brilla, su bondad atrae, su honradez cautiva...

ELISA.- Por lo que me dices, es como si ya la conociera. Pero, más que todas tus palabras, me basta con que la ames sinceramente.

CLEANTO.- He descubierto que no están en muy buena posición económica y que les es difícil atender a todas sus necesidades. Ya puedes figurarte la dicha que me proporcionaría poder ayudarles y el disgusto que para mí representa la avaricia de nuestro padre, que me impide ofrecer a mi amada una prueba de mi amor.

ELISA.- Imagino muy bien cuánto debes sufrir, hermano mío.

CLEANTO.- ¿Hay algo más cruel en nuestro padre que ahorrar a nuestra costa? ¿De qué nos servirá tener una fortuna cuando nuestra edad impida disfrutar de ella? Para mantenerme me veo obligado a entraparme y para llevar unas ropas decorosas he de recurrir a diario a los prestamistas. En fin, hermana, he querido confiarte mi secreto porque estoy dispuesto a huir con Mariana si nuestro padre se opone a mis sentimientos. Si tu caso es igual al mío, ambos abandonaremos esta casa y nos liberaremos de la tiranía en que nos tiene su avaricia insoportable.

ELISA.- Verdaderamente cada día nos da nuevos motivos para lamentar la muerte de nuestra pobre madre...

CLEANTO.- ¡Cuidado! Oigo su voz. Alejémonos para terminar nuestras confidencias y después uniremos nuestras fuerzas para golpear la dureza de su corazón. *(Salen ambos).*

ESCENA TERCERA

Harpagón y Flecha

HARPAGÓN.- ¡Ven aquí al momento y no me repliques, tramposo, carne de horca!

FLECHA.- *(Aparte).* Nunca vi nada más malo que este maldito viejo. Tiene el demonio en el cuerpo.

HARPAGÓN.- ¿Qué refunfuñas ahí entre dientes? Ven aquí, antes de que te deslome, bribón.

FLECHA.- Mi amo, vuestro hijo me ha ordenado que le espere.

HARPAGÓN.- Pues vete entonces a la calle y no andes por mi casa, como un pasmarote, espiondo todo lo que ocurre. No quiero que observes mis negocios como un traidor que acabará devorando lo que poseo, ni que andes huroneando para ver si hay algo que robar.

FLECHA.- ¿Cómo queréis que se os pueda robar si lo tenéis todo guardado, estáis día y noche de centinela?

HARPAGÓN.- Yo haré lo que se me antoje y si quiero estar de centinela estaré de centinela, delante. *(Aparte).* ¿Sospechará éste algo de mi dinero? *(Alto).* ¿No serás tú de los que haces correr el rumor de que hay dinero en mi casa?

FLECHA.- Luego, tenéis dinero escondido...

HARPAGÓN.- No, bergante, no es eso. Digo que tú lo harás creer maliciosamente.

FLECHA.- ¿Qué me importa a mí que tengáis o no dinero? ¡Me da igual!

HARPAGÓN.- ¿Con que te da igual, eh?. ¡A ver! ¿Llevas algo encima?

FLECHA.- ¿Qué queréis que lleve?

HARPAGÓN.- Ven aquí, que te vea. Enséñame las manos.

FLECHA.- Aquí tenéis una.

HARPAGÓN.- La otra.

FLECHA.- ¿La otra?

HARPAGÓN.- Sí, la otra.

FLECHA.- Aquí está también.

HARPAGÓN.- ¿No llevarás nada guardado entre la ropa?

FLECHA.- Vedlo vos mismo.

HARPAGÓN.- Estas ropas que llevas son anchas y apropiadas para ocultar el producto del robo. Ya te mandaría yo ahorcar, tunante, si lo hicieras.

FLECHA.- (*Aparte*). Tú sí que mereces la horca. ¿Con qué gozo te robaría yo!

HARPAGÓN.- ¿Eh?. ¿Qué hablas de robar?

FLECHA.- Digo que es preciso registrar bien por todas partes, para que veáis que no os he robado nada.

HARPAGÓN.- (*Le registra*). ¡Eso es lo que estoy haciendo!

FLECHA.- ¡Mal haya la avaricia y los avariciosos!

HARPAGÓN.- ¿Qué dices?.

FLECHA.- Digo que maldita sea la avaricia y malditos los avariciosos.

HARPAGÓN.- ¿A quién te refieres?.

FLECHA.- A los avaros.

ARPAGÓN.- ¿Quiénes son esos avaros?

FLECHA.- Unos ruines y unos miserables.

HARPAGÓN.- ¿Pero, de quién hablas?

FLECHA.- ¿Creéis que me refiero a vos?

HARPAGÓN.- Creo lo que creo. Y ahora basta ya de cotorreos y de insolencias.

FLECHA.- Yo no he nombrado a nadie. Pero el que se pica... ajos come.

HARPAGÓN.- ¿Callarás, al fin?

FLECHA.- Sí, mal que me pese.

HARPAGÓN.- Bueno, vete entonces al diablo.

FLECHA.- *(Aparte).* ¡Buena despedida! *(Sale corriendo.)*

HARPAGÓN.- *(Solo).* Este bergante de criado me molesta demasiado y no me complace en nada, el condenado. ¡Ah! ¡Cuánto trabajo da custodiar en casa una buena suma de dinero!. ¡Felices los que tienen el capital bien invertido y no conservan sino lo imprescindible para gastar!. Por otra parte, es engorroso encontrar un buen escondite. Yo, por si acaso, no me fío de las cajas fuertes. Son un cebo muy fácil para los ladrones; es lo primero que buscan... Sin embargo, no sé si habré hecho bien enterrando en el jardín diez mil escudos de oro. Es una suma demasiado grande para... *(en este momento entran Elisa y Cleanto, que vienen hablando entre ellos)* ¡Cielos! ¿Qué pasa?. ¿Quién es?.

ESCENA CUARTA

Harpagón, Elisa y Cleanto.

CLEANTO.- No ocurre nada, padre.

HARPAGÓN.- ¿Hace mucho que estáis aquí?.

ELISA.- Acabamos de entrar.

HARPAGÓN.- ¿Habéis oído...?

CLEANTO.- ¿Qué cosa, padre?

HARPAGÓN.- Lo que acabo de decir.

CLEANTO.- No hemos oído nada.

HARPAGÓN.- Algo habéis oído, sin duda. Estaba hablando conmigo mismo. Y me decía: "¡Dichoso quien tenga diez mil escudos de oro en su casa!"

CLEANTO.- Ya sabéis que no nos interesan vuestros negocios.

HARPAGÓN.- ¡Ojalá tuviera yo esa fortuna!

CLEANTO.- Padre, no tenéis motivo alguno para quejaros. ¡Poseéis una fortuna!

HARPAGÓN.- ¿Una fortuna?. ¡Es mentira! ¡No hay nada más falso! ¡El que haga correr ese rumor es un bribón!

ELISA.- No os enfadéis.

HARPAGÓN.- No puede uno fiarse de sus propios hijos. ¡Sois mis enemigos!

CLEANTO.- ¿Somos vuestros enemigos por decir que tenéis una buena fortuna?

HARPAGÓN.- Sí, porque por vuestra culpa cualquier día me asaltarán y me cortarán el cuello buscando mis doblones.

CLEANTO.- Siempre estáis pensando en ladrones.

HARPAGÓN.- Y vosotros en gastar. Es vergonzoso el lujo con que os engalanáis para salir a la calle. Vuestras maneras me desagradan. Y tú, Cleanto, pareces un marqués. Forzoso es que me robes para vestir así. ¿De dónde sacas el dinero para tus lujos?

CLEANTO.- ¿Yo, padre?. Es que me dedico al juego, y soy muy afortunado. Me gasto cuanto gano jugando.

HARPAGÓN.- Mal hecho. Si eres afortunado en el juego, deberías aprovecharte y colocar el dinero ganado a un buen interés, a fin de no perderlo. Está bien, hablemos de otra cosa. ¿A qué habéis venido?

ELISA.- Los dos tenemos algo que deciros.

HARPAGÓN.- Yo también.

CLEANTO.- Deseamos hablaros de matrimonio, padre.

HARPAGÓN.- Y yo también.

ELISA.- ¿Vos?.

HARPAGÓN.- ¿Por qué esa sorpresa?. No hay motivo de alarma. Sé muy bien lo que os conviene a los dos en lo tocante al matrimonio. Así pues, empezaré por ti, Cleanto. ¿Conoces a una joven llamada Mariana que vive cerca de nuestra casa?

CLEANTO.- Sí, padre.

HARPAGÓN.- ¿Y tú, Elisa?

ELISA.- Algo he oído sobre ella.

HARPAGÓN.- ¿Qué te parece esa joven, hijo mío?.

CLEANTO.- Encantadora.

HARPAGÓN.- Crees entonces que su aspecto y sus condiciones merecen que se la considere, ¿no es cierto? ¿Sería un buen partido, verdad?.

CLEANTO.- Sí, padre, un partido muy deseable.

HARPAGÓN.- Hay una sola dificultad y es que no creo que pueda obtener una buena dote.

CLEANTO.- Cuando se trata de buscar una buena esposa, la dote no debe contar.

HARPAGÓN.- Bien, bien. Me complace ver que compartís mis opiniones sobre esa joven, ya que ha conquistado mi corazón y he decidido casarme con ella.

CLEANTO.- ¿Vos?. ¿Habéis decidido...?.

HARPAGÓN.- Casarme con Mariana, en efecto.

CLEANTO.- ¿Quién?. ¡Vos! ¿Vos?.

HARPAGÓN.- ¡Sí, yo, yo, yo!.

CLEANTO.- Perdonadme, padre. Me ha venido un repentino sofoco... Me retiro a beber un poco de agua... (Sale)

HARPAGÓN.- ¡Bah! Estos galanes de hoy en día tienen la fuerza de las gallinas. Bien, prosigamos. Ya conoces, hija mía, mis deseos. En cuanto a tu hermano, me han hablado de una viuda que le convendría. Con respecto a ti, finalmente, te destino al señor Anselmo.

ELISA.- ¿Al señor Anselmo?

HARPAGÓN.- Sí, es un hombre maduro, sensato y comedido, con no más de cincuenta años y considerable fortuna.

ELISA.- No deseo casarme con él, padre.

HARPAGÓN.- Te casarás con él, y mucho antes de lo que esperas.

ELISA.- En este asunto no podréis obligarme.

HARPAGÓN.- Yo os digo que sí.

ELISA.- Yo os digo que no.

HARPAGÓN.- Te obligaré a ello, y será hoy mismo.

ELISA.- Me mataré antes que casarme con un marido así.

HARPAGÓN.- No te matarás, y será tu marido. ¡Qué osadía! ¿Habrás visto nunca hablarle así a un padre?.

ELISA.- ¿Habrás visto nunca casar así a una hija?

HARPAGÓN.- No hay nada que comentar sobre este asunto, que todo el mundo aprobará.

ELISA.- Yo apuesto a que nadie medianamente razonable lo aprobará.

HARPAGÓN.- ¿Quieres que Valerio juzgue en este tema? Me parece que viene.

ELISA.- Accederé a ello.

HARPAGÓN.- ¿Te atenderás a su juicio?

ELISA.- Haré lo que él diga.

HARPAGÓN.- Pues entonces, adelante. *(Entra Valerio).*

ESCENA QUINTA

Valerio, Harpagón y Elisa

HARPAGÓN.- Ven aquí, Valerio. Te hemos elegido mi hija y yo como juez en un asunto, para ver quién de los dos tiene razón.

VALERIO.- Vos, señor, sin ninguna duda.

HARPAGÓN.- No puedes decirlo sin saber de qué hablamos.

VALERIO.- Vos nunca os equivocáis, así que la razón estará de vuestro lado.

HARPAGÓN.- Bien, el caso es que quiero casar a mi hija, hoy mismo, con un hombre tan rico como honrado, y esta insensata me dice que no lo acepta. ¿Qué te parece?.

VALERIO.- ¿Qué me parece?

HARPAGÓN.- Sí, ¿cuál es tu parecer?.

VALERIO.- ¡Vaya, vaya, vaya!

HARPAGÓN.- ¿Qué quieres decir?.

VALERIO.- Bien, veamos, pienso que en lo fundamental estoy de acuerdo con vos... aunque ella también puede tener razón...

HARPAGÓN.- ¿Cómo es eso?. El señor Anselmo es un buen partido; noble, sensible, maduro, prudente, honrado, muy rico y sin hijos de su primer matrimonio. ¿Qué mejor podría yo encontrar para ella?.

VALERIO.- Todo eso está bien, señor, pero ella podría decir que precipitáis las cosas y esto lleva su tiempo...

HARPAGÓN.- Pero esta ocasión hay que aprovecharla, ya que el señor Anselmo se compromete a recibirla sin dote.

VALERIO.- ¿Sin dote? Ah, entonces no hay más que hablar. Esa es una razón muy convincente, ante la que hay que inclinarse.

HARPAGÓN.- Es un ahorro muy considerable.

VALERIO.- Es cierto; claro que vuestra hija puede alegar que el matrimonio es un asunto muy importante, no un mero negocio, y que de él depende la felicidad o la desgracia para toda la vida...

HARPAGÓN.- ¡Sin dote!

VALERIO.- Tenéis razón; ese dato lo decide todo. Pero alguien podría deciros que el amor también cuenta, y que la diferencia de edad puede dar lugar a un enojoso fracaso...

HARPAGÓN.- ¡Sin dote!.

VALERIO.- Eso no admite réplica... aunque existen padres que prefieren ver contentas a sus hijas a todo el dinero que pudieran obtener, y que...

HARPAGÓN.- ¡Sin dote!

VALERIO.- ¡Sin dote! Esto me cierra la boca. ¡No hay modo de resistirse a este argumento!

HARPAGÓN.- ¡Eso es hablar bien!

VALERIO.- Sí; una hija ha de obedecer a su padre y debe estar dispuesta a aceptar el marido propuesto.

HARPAGÓN.- ¡Me encanta oírte! Es preciso que influyas desde ahora sobre Elisa.

VALERIO.- Si no os importa, señor, me quedaré todavía un rato con ella para aleccionarla en ese sentido.

HARPAGÓN.- Sí, sí; te quedaré agradecido. Es preciso tirarle un poco de las riendas.

VALERIO.- No os preocupéis. Conseguiré domarla...

HARPAGÓN.- Bien, bien. Voy a dar un paseíto y volveré pronto. ¡Dichoso el que puede contar con un criado como tú! (Sale.)

ELISA.- ¿Queréis divertirlos a mi costa?

VALERIO.- Es para no enojarle y conseguir nuestros propósitos.

ELISA.- Pero, ¿y mi casamiento?.

VALERIO.- No se puede chocar de frente con un temperamento como el de vuestro padre. Es preciso que finjáis aceptar, y luego buscaremos el medio de impedir la boda.

ELISA.- Podría fingirme enferma, pero los médicos descubrirían la farsa.

VALERIO.- ¿Es qué los médicos saben algo?. Vamos, vamos; podéis tener la enfermedad que más os guste, y ellos siempre encontrarán alguna causa que la justifique todo.

ELISA.- Como último recurso, nuestra fuga nos pondrá a cubierto de todo.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Cleanto y Flecha

CLEANTO.- ¡Bribón! ¿Dónde te habías metido?.

FLECHA.- Señor, he venido a esperaros, pero vuestro padre me ha echado y aún he tenido suerte de escapar de sus patadas.

CLEANTO.- Bien, vamos a lo nuestro. ¿Qué respuesta me traes?

FLECHA.- A fe mía, señor, que pedir prestado hoy en día es cosa desdichada, sobre todo cuando se ve uno obligado, como vos, a caer en las manos de usureros sin compasión.

CLEANTO.- ¿No habrá entonces negocio?

FLECHA.- El prestamista se vale de un intermediario, el señor Simón, y según me ha dicho pone sus condiciones.

CLEANTO.- Veamos en qué consisten.

FLECHA.- El prestamista, por su parte, está conforme en dar el dinero al cinco por ciento.

CLEANTO.- Eso es justo.

FLECHA.- Pero como dicho prestamista se ve obligado a obtener la suma de quince mil doblones pidiéndole a otro, sobre la base de un interés del veinte por ciento, el resultado es que habréis de abonar el veinticinco por ciento de interés final.

CLEANTO.- ¡Diablos! ¿Pero quién es ese judío?.

FLECHA.- Lo ignoro. Pone él aún más cuidado que vos en ocultarse y no quiere en modo alguno dar a conocer su nombre.

CLEANTO.- Está bien, está bien. Necesito el dinero y habré de pasar por todo.

FLECHA.- Es lo que él esperaba. Así dilapidaréis vuestra hacienda en poco tiempo.

CLEANTO.- ¿Y qué quieres que haga? A esto se ven reducidos los hijos de padres tan miserables como el mío.

FLECHA.- No habléis alto, que aquí aparece vuestro padre.

CLEANTO.- Retirémonos un poco, para ver quién le acompaña. *(Entra Harpagón seguido de Maese Simón.)*

ESCENA SEGUNDA

MAESE SIMÓN.- No puedo informaros de más detalles, señor. Es todo cuanto sé.

HARPAGÓN.- ¿No sabéis ni el nombre, ni la familia a que pertenece ese joven?

MAESE SIMÓN.- Sé que necesita dinero, y pasará por todo cuanto le exijáis con tal de obtenerlo.

HARPAGÓN.- ¿Y no correré demasiado riesgo?.

MAESE SIMÓN.- Su familia, según parece aunque no podría afirmarlo con seguridad, es muy rica; por otra parte me han dicho que no tiene madre y que a su padre no le quedan más que unos meses de vida.

HARPAGÓN.- Bueno, eso ya es algo. Y la caridad nos obliga a atender a los necesitados.

MAESE SIMÓN.- Es cosa sabida. (*Descubre a Flecha y a Cleanto*). Pero, ¿qué es esto?

HARPAGÓN.- ¿Qué os ocurre?.

MAESE SIMÓN.- (*Señalando a Flecha*). Ese es el enviado de la persona que quiere pedirnos prestados los quince mil doblones.

HARPAGÓN.- ¿Cómo? ¡Bribón! ¿Desde cuándo te dedicas a semejantes negocios?

CLEANTO.- (*Dejándose ver*). ¿Cómo? ¿Desde cuándo os dedicáis vos, padre mío, a préstamos con usura?

HARPAGÓN.- ¿Así que tú eres el joven que va a quedarse sin padre en meses? ¡Así arruinas nuestra hacienda con préstamos tan onerosos!

CLEANTO.- ¡Y vos os enriquecéis con prácticas tan vergonzosas!

MAESE SIMÓN.- Señor, yo nada he revelado de la condición de ninguno, y, por otra parte, descubierto el juego, podréis llegar ahora a un arreglo.

HARPAGÓN.- (*A Cleanto*). ¡Derrochar así el capital conseguido con tanto sudor!. ¡Desaparece de mi vista, bergante!

CLEANTO.- ¿Quién es más condenable: el que busca el dinero que necesita o el que aprovecha su dinero para robar al que le hace más falta?.

HARPAGÓN.- Vete te digo, y no me hagas cometer una barbaridad. (*Sale Cleanto, seguido de Maese Simón*). Y tú, bribón, quédate aquí y vigila bien. Yo voy un momento a tomar el aire. (*Aparte*). Es menester cuidar mi dinero y dar una vueltecita a su alrededor. (*Sale*).

ESCENA TERCERA

Flecha y Prosina, que entra tras haber salido Harpagón

FLECHA.- ¿Qué vienes ahora a hacer aquí, Prosina?

PROSINA.- Lo que hago en todas partes: entrometerme, hacerme imprescindible a unos y a otros y sacar el mejor provecho de mis servicios. En este mundo hay que vivir con astucia, sobre todo las personas como tú y como yo, que no tenemos más fortuna que el ingenio.

FLECHA.- ¿Qué negocios te traes con el amo de esta casa?

PROSINA.- Ciertos servicios que pueden ser bien pagados.

FLECHA.- Te advierto que, aquí dentro, el dinero es carísimo. No conoces bien al señor Harpagón. Es de todos los hombres, el menos humano, el más duro y el más avaro. Nunca abre la mano; nunca deja caer una moneda. Es una palabra que detesta. En vez de dar los buenos días, los presta.

PROSINA.- Bueno, bueno. Yo conozco bien el arte de sacar el dinero a los más reacios; poseo el secreto para captar sus corazones y encontrar los puntos flacos a mis cosquillas.

FLECHA.- El señor Harpagón es inflexible; ya puede uno reventar, que él no se conmueve jamás. Ama a su dinero más que a la vida, más que a su honor, más que a... ¡Cuidado! Aquí vuelve. *(Entra Harpagón y sale Flecha).*

ESCENA CUARTA

Harpagón y Prosina.

HARPAGÓN.- ¡Hola, Prosina! ¿Qué quieres de mí?.

PROSINA.- ¡Ah, Dios mío! ¿Qué buen aspecto tenéis y qué saludable! Veo jóvenes de veinte años más envejecidos que vos.

HARPAGÓN.- Sin embargo, he cumplido ya los sesenta, Prosina.

PROSINA.- ¿Qué son sesenta años? Estáis en la flor de la vida, en la más hermosa época del ser humano.

HARPAGÓN.- No creo que veinte años menos me perjudicasen...

PROSINA.- Creo que tenéis cuerda para llegar a los cien años.

HARPAGÓN.- ¡Tanto mejor! Bien, bien, Prosina, y ahora, ¿qué novedad hay en nuestro asunto?

PROSINA.- No hace falta preguntarlo: donde yo me entrometo se alcanza fácilmente el éxito. Tengo un talento especial para las bodas; ya he hablado con la madre y con la hija, de vos, y del enamoramiento que sentís de Mariana...

HARPAGÓN.- ¿Y qué ha contestado?

PROSINA.- La madre se ha mostrado satisfecha y ha accedido gustosa a que la hija asistiera esta misma noche a la firma de los esponsales.

HARPAGÓN.- La cosa es, Prosina, que he de dar de cenar al señor Anselmo, y así ella podría participar en el banquete.

PROSINA.- Todo iría mucho mejor si la enviáis vuestra carroza.

HARPAGÓN.- Está bien, es cosa hecha. Pero, ahora, dime Prosina, ¿has hablado de la dote de Mariana?. Porque ya sabes que no podré casarme si la joven no ayuda, no aporta alguna cantidad.

PROSINA.- Ella os aportará una renta de doce mil francos al año.

HARPAGÓN.- ¡Doce mil francos!

PROSINA.- Sí, prestad atención. La joven está educada para ahorrar. En primer lugar sólo come ensaladas, queso, manzanas y bebe leche, por lo cual no necesita de mesas bien servidas, ni de bebidas y caldos complicados, lo que supondrá un ahorro anual de no menos de tres mil francos. Además de eso no le gustan los vestidos costosos, ni las joyas lujosas, ni los muebles suntuarios, todo lo cual os supondrá por lo menos cuatro mil francos más. Y, finalmente, su aversión al juego es total, por lo que evitaréis una pérdida anual de cinco mil francos en las cartas. Ahí tenéis, pues, vuestra dote: tres mil por la comida, cuatro mil más en la casa y cinco mil en el juego, ¿no suponen doce mil francos de dote, contante y sonante?

HARPAGÓN.- No está mal, aunque esas cuentas son poco reales. Es una broma que su dote sean los gastos que no hará, pues no podré dar recibo de algo que no me den. He de percibir algo en concepto de dote...

PROSINA.- Ellas me han dicho que sus bienes pasarán a ser de vuestra propiedad.

HARPAGÓN.- Habrá que verlo. En fin, dime, Prosina: ¿sabes si Mariana me ha visto ya? ¿Me conoce? Hay algo que me inquieta. Ella es joven y se inclinará a galanes de su edad. Temo no ser de su gusto...

PROSINA.- ¡Qué poco la conocéis! No soporta la presencia de los jóvenes. Con decirnos que rompió un compromiso con un pretendiente de cincuenta y seis años, al que encontró demasiado poco maduro para sus deseos. Ella os prefiere a vos, un sexagenario, sin dolencia alguna, que no a esos petimetres de calzas caídas y pelucas falsas. ¡Ah, cuando os vea caminar!. ¡Con esa figura libre, airosa, llena de ligereza!...

HARPAGÓN.- Bien, bien, Prosina. Veo que has hecho un buen trabajo.

PROSINA.- Gracias, señor. Ahora quisiera haceros un ruego. Tengo necesidad de algún dinero para resolver unos asuntos. (*Harpagón se aparta, con gesto serio*). ¡Ah, si hubierais visto a Mariana cuando yo le hablaba de vos! ¡Con qué embeleso y con qué impaciencia me escuchaba! (*Harpagón vuelve a sonreír*). Os ruego, entonces, señor, que me ayudéis en este trance; con una pequeña cantidad podría resolver el asunto. (*Harpagón vuelve a adoptar una actitud adusta*).

HARPAGÓN.- Adiós; voy a ocuparme de mi correspondencia. Todas mis gracias para ti, Prosina. Ya cuidaré de que se envíe la carroza al punto. (*Sale*).

ESCENA QUINTA

PROSINA.- *(Sola)* ¡Maldito! ¡Así te den unas fiebres y revientes como un perro! El muy avaro se ha cerrado a mis peticiones. No hay que desesperar todavía. Creo que aún podré sacar una buena recompensa. *(Sale)*.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Harpagón, Maese Santiago, Merluza, Miajavena , doña Claudia, Criada 1 y Criada 2.

HARPAGÓN.- Vamos, venid aquí los dos, que os dé mis instrucciones para la cena. Acercaos, doña Claudia, y os diré vuestro cometido. Habréis de limpiar por todas partes, pero cuidando de no frotar los muebles demasiado, no sea que se desgasten. Además de eso, administraré las botellas que se sirvan y si se pierde alguna o se quiebra, las descontaré de vuestro salario. Informad a los criados que sólo sirvan a los invitados cuando tengan sed, y en ese caso, mucha agua

MAESE SANTIAGO.- *(Aparte)*. Ya, ya; el vino puro se sube a la cabeza.

DOÑA CLAUDIA.- Señor, algunos sirvientes se quejan de tener rotas las calzas y las casacas.

HARPAGÓN.- ¡Bah! Decidles que se coloquen cerca de la pared, y con habilidad enseñen sólo la parte nueva. Y si no, que se tapen los remiendos con el sombrero. Y ahora, retiraos. *(Doña Claudia sale)*.

MAESE SANTIAGO.- Estoy aquí en calidad de cochero o de cocinero, pues ya sabéis bien que soy ambas cosas en esta casa.

HARPAGÓN.- Primeramente hablaré al cocinero. *(Maese Santiago se quita el sombrero de cochero y se pone el gorro de cocinero)*. Tengo invitados a cenar esta noche. Dime, ¿podrás darnos bien de comer?.

MAESE SANTIAGO.- Sí; si me dais el dinero necesario.

HARPAGÓN.- ¡Diablos! ¡Dinero! ¡Dinero!. Siempre lo mismo, parece que no saben decir otra cosa. ¡Qué impertinencia! ¿Qué mérito tiene dar una buena cena con mucho dinero?. Es lo más fácil del mundo y no dice nada en vuestro favor. Tu habilidad se probará ofreciendo una buena cena con poco dinero.

MAESE SANTIAGO.- *(Aparte)*. ¡Buena comida con poco dinero! ¡Gran Maravilla! *(Preguntando)*. ¿Cuántas personas se sentarán a la mesa?

HARPAGÓN.- Seremos ocho o diez. Pero contad sólo ocho, pues donde comen ocho, bien pueden comer diez.

MAESE SANTIAGO.- Entonces necesitaremos cuatro grandes ollas de sopa, buenos entremeses surtidos...

HARPAGÓN.- ¿Es que deseas atiborramos?. No he invitado a la gente para asesinarla con nuestro condumio. No hay nada más perjudicial para la salud que los excesos en la mesa. Hay que comer para vivir, no vivir para comer.

MAESE SANTIAGO.- ¡Tanto mejor para mí! Menos trabajo para la cocina ¿Qué me ordenáis que prepare, señor?

HARPAGÓN.- Alguna cosa de esas que se comen apenas y en seguida hartan. Unas buenas judías con magras, y luego un pastel de castañas. Y no se hable más de este tema. Ahora voy a poner en orden el resto de la casa. ¡ Ah! Ocúpate también de los caballos tan pronto vuelva la carroza. *(Sale)*.

MAESE SANTIAGO.- ¡Caballos! Pobres animales. Guardan un ayuno tan prolongado que ya no son más que fantasmas de caballos. ¡Condenado oficio! *(Entran Mariana y Prosina)*.

ESCENA SEGUNDA

Doña Claudia, Miajavena, Merluza, Criada 1 y Criada 2.

MIAJAVENA.- ¿Os habéis fijado cuánta avaricia guarda nuestro señor?

MERLUZA.- ¡Es increíble! Este hombre es tan avaro que hace que sus hijos se asean con el agua que él mismo ha utilizado por la mañana, para lavarse los pies.

DOÑA CLAUDIA.- Bueno... y eso por no hablar de cómo nos tiene al servicio. El señor nos matará de hambre si no nos aumenta el sueldo; ¡si tuviera más valor intentaría convencerlo de ello!

CRIADA 1.- Cosa imposible de lograr es ello.

MIAJAVENA.- ¿Hay lo que daría yo por tener unas calzas nuevas?..., no estas agujereadas que me regaló el señor Harpagón, en lugar de la paga del mes pasado.

CRIADA 1.- Este hombre es tan tacaño que, cuando llora, quiere guardar las lágrimas para regar las macetas.

CRIADA 2.- ¡Su única maceta!.

MERLUZA.- Por cierto, ¿qué os parecen los manjares que el señor ha dispuesto para sus invitados? *(Ríen todas)*.

CRIADA 2.- Con ese exquisito almuerzo, quedarán llenos para una semana.

DOÑA CLAUDIA.- Bueno..., venga..., todas a seguir con la tarea, que ya es hora. Espero que el señor no haya escuchado esta conversación.

ESCENA TERCERA

Prosina, Maese Santiago y Mariana.

PROSINA.- ¿Sabéis, maese Santiago, si está el señor Harpagón en casa?

MAESE SANTIAGO.- Sí que está. ¡Demasiado bien lo sé!

PROSINA.- Entonces, anunciadle que ya hemos llegado.

MAESE SANTIAGO.- Lo haré al punto. *(Sale)*.

MARIANA.- ¡Ah, Prosina! ¡Qué situación tan extraña! Si te he de ser sincera, tengo miedo a este encuentro.

PROSINA.- ¿Por qué esa inquietud?

MARIANA.- ¿Y me lo preguntas?. Es el miedo propio de quien ve llegar el tormento a que quieren someterla.

PROSINA.- No creo que el señor Harpagón pueda compararse a un suplicio.

MARIANA.- Olvidas al joven por el que estoy interesada. Su rostro me viene continuamente a la memoria desde que frecuenta nuestra casa con sus amables visitas. ¿Cómo no hablar de tormento ante el esposo que quieren darme?

PROSINA.- ¡Dios mío! Todos esos jóvenes rubios son muy agradables mientras hacen su papel, pero la mayoría son pobres como las ratas. ¡Cuánto mejor un hombre viejo que os aporte un buen capital! Harpagón no podrá vivir demasiado y su muerte os colocará en situación de tomar pronto el esposo que más os agrade.

MARIANA.- ¡Dios mío! ¡Prosina! Qué extraño destino el mío: para ser feliz he de esperar la muerte de alguien. ¡La muerte no siempre deja paso a nuestras ilusiones!

PROSINA.- Casaos con el señor Harpagón sólo a condición de que os deje viuda pronto. Ya sería muy pesado si no muriese a los tres meses... Pero, silencio, que aquí llega. *(Entra Harpagón, con sus mejores galas)*.

ESCENA CUARTA

Harpagón, Prosina, Mariana, Elisa y Cleanto.

HARPAGÓN.- No os ofendáis, encanto mío, si os recibo con mis anteojos puestos. Aunque vuestros hechizos saltan a la vista, prefiero miraros con mis anteojos, igual que se mira a los rutilantes astros a través de vidrios. Y yo mantengo que vos sois el más hermoso de los astros. *(A Prosina)*. Prosina: no dice nada, no parece demostrar ninguna alegría al verme.

PROSINA.- Es que debe estar paralizada por la impresión de hallarse en presencia de su futuro marido. Las doncellas son siempre tímidas, señor.

HARPAGÓN.- Debe ser eso, sin duda. Aquí está mi hija, que viene a saludaros, linda niña. *(Entra Elisa)*.

MARIANA.- Señora, creo que he demorado en demasía mi visita a esta casa

ELISA.- Realmente yo misma debí anticiparme.

MARIANA.- *(A Prosina).* ¡Qué hombre más desagradable!

HARPAGÓN.- *(A Prosina).* ¿Qué dice esta belleza?.

PROSINA.- *(A Harpagón).* Que os encuentra admirable.

MARIANA.- *(Aparte).* No podré resistirlo más.

HARPAGÓN.- Ved que también viene mi hijo a cumplimentaros. *(Entra Cleanto).*

MARIANA.- *(A Prosina).* ¡Qué encuentro!. Este joven es precisamente de quien te he estado hablando.

CLEANTO.- *(A Mariana).* Señora, si he de decirlos la verdad, mi satisfacción al saludaros supera cuánto podía esperar, pues mi padre me ha sorprendido no ha mucho al comunicarme sus planes sobre vos.

MARIANA.- Yo os puedo decir otro tanto. Este encuentro imprevisto me asombra tanto que en verdad no venía preparada para esta aventura.

PROSINA.- *(Aparte)* La aventura es realmente sorprendente.

CLEANTO.- Ciertamente es que mi padre no ha podido hacer mejor elección, señora. Sin embargo, este casamiento no puede causarme sino aversión, y si las cosas dependieran de mí, no se celebraría. No os deseo como madrastra.

HARPAGÓN.- ¡Qué impertinencia! ¡Lindo cumplido le haces!

MARIANA.- Si he de contestar con la misma sinceridad, me causa la misma aversión trataros como hijastro. No quisiera yo causaros enojo alguno, pero me veo obligada a esta boda por una fuerza superior, y si estuviera en mi mano vencerla, no accedería a una unión que os causa tristeza.

HARPAGÓN.- Os pido perdón, encanto mío, por las torpezas de este hijo mío. Es un joven necio que no mide el alcance de sus palabras.

MARIANA.- Os aseguro que no me ha ofendido en absoluto. Al contrario, me complace saber cuáles son sus sentimientos. No le estimaría si hubiera hablado de otra manera.

HARPAGÓN.- Demostráis vuestra bondad al tratar de disculparle, pero para mi satisfacción espero aún que cambie su discurso.

CLEANTO.- Está bien, lo haré. Ya que deseáis oírme hablar en otra forma, me colocaré en el lugar de mi padre, señora, y os confesaré que no vi nunca persona más encantadora que vos, que mi máxima ilusión es poder agradaros, que si fuera vuestro esposo consideraría este título como una felicidad mayor que la de los príncipes...

HARPAGÓN.- Poco a poco, hijo mío, refrena tus impulsos...

CLEANTO.- Es un cumplido que hago a esta señora, en vuestro nombre.

HARPAGÓN.- No necesito tus servicios de intermediario y tengo lengua para explicarme por mí mismo. Os ruego que os acomodéis, señora, aunque lamento no poder ofrecer nada antes de la cena.

CLEANTO.- Ya me he ocupado yo de eso, padre mío, y he mandado traer varias fuentes con frutas y confituras que he encargado de parte vuestra.

HARPAGÓN.- *(Aparte).* ¡Este hijo mío ha perdido la cabeza!

CLEANTO.- ¿Acaso no os parece acertada mi decisión, padre?.

HARPAGÓN.- No era necesario que te ocuparas de ello.

CLEANTO.- Es que deseo con vehemencia hacerme perdonar mis torpezas anteriores. Decidme, señora. ¿Habéis visto alguna vez un diamante más puro que este que luce mi padre en su mano derecha?.

MARIANA.- En verdad brilla mucho.

CLEANTO.- *(Le quita el diamante a su padre y lo muestra a Mariana).* Así lo veréis más de cerca. ¿Os gusta? Es vuestro. Es un regalo que os hace mi padre.

HARPAGÓN.- ¿Quién, yo?.

CLEANTO.- ¿No es cierto, padre mío, que se lo ofrecéis a Mariana en prenda de vuestro amor?.

HARPAGÓN.- *(A Cleanto).* ¡Te acordarás de esto!.

CLEANTO.- *(A Mariana).* Me insiste con vehemencia para que lo aceptéis.

MARIANA.- Por favor...

HARPAGÓN.- *(Aparte).* ¡Me ahoga la rabia!

CLEANTO.- Aceptadlo, Mariana, o él lo tomaría como una ofensa.

HARPAGÓN.- *(Aparte).* ¡Maldito estúpido!

CLEANTO.- Ved cómo le enfurece vuestra negativa, señora.

HARPAGÓN.- *(Amenaza a su hijo).* ¡Bergante! ¡Bribón!

CLEANTO.- Padre, no os enojéis conmigo. Hago lo que puedo para que acepte vuestro obsequio, pero ella se resiste.

PROSINA.- Dios mío, señora, quedaos con la joya, puesto que el señor así lo desea.

HARPAGÓN.- *(Aparte).* ¡Traidora!

MARIANA.- Por no enfadaros, acepto vuestro obsequio.

HARPAGÓN.- (*Aparte*). ¡Entre todos quieren arruinarme! (*Sale*).

ESCENA QUINTA

Cleanto, Mariana, Elisa y Prosina

CLEANTO.- Ahora estaremos mucho mejor, podremos hablar libremente.

ELISA.- Mariana, mi hermano me ha contado el amor que siente por vos, y os aseguro que me intereso por vuestra suerte con todo mi afecto.

MARIANA.- Es un dulce consuelo ver que hay personas interesadas en nuestras penas y contratiempos. Os ruego que mantengáis siempre esta generosa amistad.

PROSINA.- Unos y otros sois desdichados por no haberme puesto al corriente de vuestras aventuras. Yo me hubiera ocupado de no dejar rodar las cosas hasta este punto.

CLEANTO.- Es mi mala suerte la causante de todo. Mas, ¿cuál es vuestra decisión, Mariana?

MARIANA.- ¿Qué podría decir? Pongo mi fortuna en vuestras manos, que sólo esperáis de mí lo que me permite mi honor.

CLEANTO.- Prosina, buena Prosina, ¿querrás ayudarnos?

PROSINA.- De todo corazón. Pero ¿qué podríamos tramar?.

MARIANA.- Piensa en algo, te lo ruego.

PROSINA.- Comenzando por vuestra madre, y puesto que parece razonable, tal vez se la podría decidir a que traspasara vuestra mano del padre al hijo. (*A Cleanto.*) Pero lo malo del caso es vuestro padre.

CLEANTO.- Algo podrá remediar tu astucia.

PROSINA.- Pero ¿cómo encontrar el medio?

ELISA.- Ilumínanos con tu ingenio, Prosina.

PROSINA.- Esperad. Si contásemos con la colaboración de una mujer de cierta edad y buen talento, que imitase con propiedad a una dama de alcurnia, con un título de baronesa o vizcondesa, podríamos hacer creer a vuestro padre que esa persona es poseedora en la Baja Bretaña de casas, propiedades y más de cien mil escudos; que se había enamorado locamente de él y que deseaba ser su esposa aportando de dote toda su fortuna. Creo que daría oídos a la proposición; su máximo amor lo pone siempre en el dinero.

CLEANTO.- Eso está muy bien pensado. Pero, tarde o temprano se descubrirá el engaño.

PROSINA.- Si consiente antes en lo que nos interesa, poco importa el desenlace. Ahora dejadme hacer. Es preciso que ponga a contribución todo mi talento para estos asuntos. *(Sale con Elisa y Mariana.) (Entra corriendo Flecha con un cofre en las manos).*

FLECHA.- ¡Ah, señor! ¿Estáis solo?. ¡Qué encuentro tan oportuno!

CLEANTO.- ¿Qué ocurre?.

FLECHA.- Estamos de suerte, señor.

CLEANTO.- ¿Cómo?

FLECHA.- Aquí traigo la solución a vuestros problemas.

CLEANTO.- ¿Qué?

FLECHA.- He estado acechando todo el día...

CLEANTO.- Pero ¿qué hay en este cofre?.

FLECHA.- El tesoro de vuestro padre. Seguidme...

CLEANTO.- Pero ¿cómo te las has arreglado?

FLECHA.- Ya os lo contaré todo. Ahora huyamos, le oigo gritar cerca. *(Salen).*

ESCENA SEXTA

HARPAGÓN.- *(Entra descompuesto desde el jardín).* ¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡ Al asesino! ¡Al criminal! ¡Justicia, justicia! ¡Estoy perdido! ¡Estoy muerto! ¡Me han robado mi dinero! ¡Me han robado todo mi dinero! *(Va y viene por la escena)* ¿Dónde estará el criminal? ¿Dónde se esconde? ¡Detenedle! ¡Bandido!. ¡Mi dinero! ¡Mi querido dinero! ¡Mi más querido amigo!. Me han privado de ti, y ahora he perdido mi alegría, mi consuelo, mi ayuda. ¡Todo ha terminado para mí! Ya no tengo nada que hacer en este mundo. Sin ti no puedo vivir. Se acabó; estoy muerto y enterrado. ¿No hay nadie que quiera ayudarme a resucitar?. ¡Justicia, justicia! Iré a buscar a los alguaciles y darán tormento a todo el mundo, a mis criados, a mis propios hijos, y a mí mismo. ¡Vamos, vamos! Haré colgar a todo el mundo, y si no aparece mi dinero, me ahorcaré yo también. *(Sale corriendo).*

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Harpagón, el Comisario, el Escribiente.

COMISARIO.- Dejadme actuar pues conozco bien mi oficio. No es la primera vez que investigo en un robo, y quisiera tener una moneda de oro por cada ladrón que he mandado a la cárcel. ¿Qué decíais que contenía vuestro cofre?

ESCRIBIENTE.- ¿Qué decíais que contenía vuestro cofre?

HARPAGÓN.- Diez mil escudos de oro.

COMISARIO.- ¿Diez mil escudos? Ah, se trata de un robo importante.

ESCRIBIENTE.- Evidentemente, se trata de un robo importante.

HARPAGÓN.- No hay castigo suficiente para este crimen, a fe mía.

COMISARIO.- ¿Sospecháis de alguien?

ESCRIBIENTE.- ¿Tenéis sospecha de alguien?

HARPAGÓN.- Sí, sospecho de todos, de todo el mundo, de toda la ciudad. Es necesario que registréis toda la ciudad y todos los barrios.

COMISARIO.- Procederemos con cautela. (*Entra Maese Santiago*).

ESCRIBIENTE.- Con mucha cautela...

MAESE SANTIAGO.- (*Hablando hacia el fondo*). Ahora voy. Entretanto que lo degüellen, lo pongan a hervir y luego lo cuelguen del techo.

HARPAGÓN.- ¿De quién hablas?. ¿Habéis cogido al ladrón?

MAESE SANTIAGO.- (*Volviéndose, sorprendido*). Hablo del lechoncillo que preparo en la cocina, señor.

HARPAGÓN.- Deja eso ahora y atiende a este señor.

MAESE SANTIAGO.- ¿El señor se quedará a comer?

COMISARIO.- No os preocupéis ahora de la comida y procurad no ocultarme nada.

ESCRIBIENTE.- Nada, nada, nada...

MAESE SANTIAGO.- Si no os place mi cocina, la culpa es del intendente que me regatea el dinero.

HARPAGÓN.- De dinero precisamente debemos hablar. De dinero robado.

MAESE SANTIAGO.- ¿Os han robado dinero?.

HARPAGÓN.- Sí, bribón. Si has sido tú, te mandaré ahorcar si no lo devuelves.

COMISARIO.- Vamos, vamos, no le amenacéis. Este parece un buen hombre y espero que nos descubrirá lo que queréis saber. Así es, e incluso seréis recompensado por vuestro amo. Le han robado y es preciso saber algo sobre este asunto.

ESCRIBIENTE.- Saber algo sobre este asunto...

MAESE SANTIAGO.- Si queréis mi opinión, señor, pienso que este golpe ha sido cosa del intendente.

HARPAGÓN.- ¿De Valerio?.

MAESE SANTIAGO.- Sí, señor. El mismo.

HARPAGÓN.- ¿Por qué crees eso?.

MAESE SANTIAGO.- Lo creo... porque lo creo.

COMISARIO.- ¿Tenéis alguna prueba, algún indicio?.

ESCRIBIENTE.- ¿Algún indicio, alguna prueba?

MAESE SANTIAGO.- Lo he visto merodear por el jardín. ¿Dónde estaba el dinero?

HARPAGÓN.- En el jardín.

MAESE SANTIAGO.- Justamente, ya veis. ¿Dónde estaba el dinero?.

HARPAGÓN.- En un cofre.

MAESE SANTIAGO.- Ahí está el asunto. Yo le he visto con un cofre.

HARPAGÓN.- ¿Cómo era el cofre?

MAESE SANTIAGO.- Es... parecido a... un cofre.

COMISARIO.- ¿Era grande o pequeño?. Describidlo.

ESCRIBIENTE.- ¡Describalo!

MAESE SANTIAGO.- ¿Cómo es vuestro cofre, señor?.

HARPAGÓN.- Un cofre pequeño.

MAESE SANTIAGO.- Exactamente. Era un cofre pequeño.

COMISARIO.- ¿De qué color?.

MAESE SANTIAGO.- De color... indefinido. ¿No es un poco rojo?

HARPAGÓN.- No, es gris.

MAESE SANTIAGO.- Justo, justo. Es lo que quería decir: de color rojogrisáceo.

HARPAGÓN.- Ahora ya no cabe duda alguna. Haced que comparezca el culpable.

MAESE SANTIAGO.- Con gusto, señor. Espero ser tenido en cuenta (*Sale*).

HARPAGÓN.- ¿Habéis visto? Preparad una declaración. ¡No de nadie! ¡Acabaré por robarme a mí mismo! (*Entra Valerio*).

ESCENA SEGUNDA

Harpagón, el Comisario y Valerio

HARPAGÓN.- Acércate y confiesa tu negra acción.

VALERIO.- ¿Qué queréis, señor?.

HARPAGÓN.- ¿Cómo? ¡Traidor! ¿No te da vergüenza tu comportamiento?

VALERIO.- ¿A qué os referís?.

HARPAGÓN.- ¡Infame! ¡Como si no supieras bien a qué me refiero! ¡Es inútil que pretendas ocultarte! ¡Todo se ha descubierto! ¡Ingrato! ¡Abusar así de mi confianza! ¡Y en mi propia casa!

VALERIO.- Señor, si todo ha sido descubierto, no andaré con rodeos. Yo deseaba hablaros del asunto en un momento más oportuno. Pero ya que las cosas están así, os ruego que no os enojéis y deis oído a mis razones.

HARPAGÓN.- ¿Y qué razones son esas, infame ladrón?

VALERIO.- Reconozco mi ofensa contra vos, pero creo que mi culpa es perdonable.

HARPAGÓN.- ¿Perdonable? Una traición, un crimen semejante... Es necesario que me devuelvas lo que me has robado.

VALERIO.- Vuestro honor quedará satisfecho, señor.

HARPAGÓN.- No se trata ahora del honor, sino de mis monedas de oro.

VALERIO.- No son vuestras riquezas lo que me ha deslumbrado. Y os aseguro que no aspiro a vuestros bienes, con tal de que me permitáis mantener el que poseo.

HARPAGÓN.- ¡No lo haré! ¡No lo haré! ¿Cómo te atreves aún a exigir lo que has robado? ¡Por todos los diablos! ¿Cómo te has atrevido?

VALERIO.- Hay una razón que lo explica todo, señor: el amor.

HARPAGÓN.- ¿El amor? ¡Está bien claro! El amor a mis escudos de oro, a mi tesoro.

VALERIO.- Es en verdad un tesoro, el máspreciado. Os pido de rodillas que me concedáis ese tesoro, pues nos hemos jurado fidelidad mutua y no separarnos jamás.

HARPAGÓN.- ¡Qué interesante juramento!

VALERIO.- Sólo la muerte podrá separarnos.

HARPAGÓN.- ¡Este hombre es un maniático! ¿Dónde has puesto mi tesoro?.

VALERIO.- Intacto, señor. No ha salido de vuestra casa.

HARPAGÓN.- Ah, ¿entonces, al menos, no has tocado nada?

VALERIO.- Señor, la pasión que me inspira es respetuosa. Su dignidad ha impedido hasta ahora mis deseos. Sólo ayer accedió a la promesa de matrimonio.

HARPAGÓN.- ¿Matrimonio? ¿Con mi tesoro? ¿Con el cofre?.

VALERIO.- No, señor. Matrimonio con vuestra hija.

HARPAGÓN.- ¿Habéis oído, señor comisario? ¡Se agrava la ofensa y crece el castigo! ¡Tomad buena nota! ¡Ladrón y seductor de mi hija!

VALERIO.- Esos calificativos no me corresponden, señor. *(Entran en este momento Elisa y Mariana).*

ESCENA TERCERA

Harpagón, Elisa, Anselmo, Valerio y Mariana.

HARPAGÓN.- ¡Ah, hija malvada! ¡Indigna de un padre como yo! ¿Te has enamorado de un vil ladrón y te has comprometido con él a mis espaldas?.

ELISA.- *(Cae de rodillas).* ¡Padre mío! Os ruego que no os dejéis arrebatarse por la cólera y que reflexionéis sobre vuestros sentimientos. Habéis de saber que Valerio me salvó la vida del gran peligro que corrí...

HARPAGÓN.- ¡Eso no tiene nada que ver ahora! ¡Más le hubiera valido dejar que te ahogaras antes de ofenderme de esta forma! ¡La Justicia cumplirá su deber!

ELISA.- Padre mío, os suplico, por el amor paterno, que os calméis. *(Entra el señor Anselmo).*

ANSELMO.- ¿Qué os ocurre, señor Harpagón? Os encuentro muy afectado.

HARPAGÓN.- ¡Ah, señor! Soy el más desgraciado de todos los hombres. Me han herido en mi fortuna y en mi honor. Este criminal se ha introducido en mi casa y, ganando mi confianza, me ha robado mi tesoro intentando seducir a mi hija...

VALERIO.- ¡Yo no os he robado nada! Sabed que poseo la suficiente fortuna como para que no me importen en absoluto vuestras riquezas.

HARPAGÓN.- El mundo está lleno hoy de impostores y no os creo en absoluto. En cuanto a vos, señor Anselmo, debéis querellaros contra él, ya que ha otorgado promesa de casamiento a mi hija.

ANSELMO.- No deseo casarme a la fuerza con ella, amigo mío. Si su corazón se ha entregado ya a otro hombre, no pleitearé con él. Pero en lo concerniente a vuestros intereses, estoy dispuesto a defender vuestra causa, amigo mío.

HARPAGÓN.- Este honrado comisario os secundará en vuestros deseos.

VALERIO.- En cuanto a eso, cualquiera en Nápoles dará fe de mi honradez.

ANSELMO.- ¡Poco a poco! Tened cuidado con vuestras palabras, pues estáis hablando con alguien conocido por todos en Nápoles. Yo podré distinguir claramente lo que haya de verdad en vuestra historia.

VALERIO.- No tengo que temer, y si conocéis Nápoles sabréis bien quién era don Tomás de Alburci.

ANSELMO.- Sin duda. Pocas personas le han conocido mejor que yo.

VALERIO.- Pues bien; él me dio la vida.

ANSELMO.- ¿Bromeáis? Buscad algo que os resulte más provechoso que esta falsedad.

VALERIO.- Puedo demostrar cuanto digo; no es ninguna impostura.

ANSELMO.- ¿Osáis llamaros hijo de don Tomás de Alburci? Pues sabed que hace dieciséis años que ese caballero pereció en el mar, junto con sus hijos y su esposa, cuando se expatriaba de Nápoles en unión de otras nobles familias, huyendo de persecuciones políticas.

VALERIO.- Es cierto. Pero habréis de saber también que su hijo, de siete años, se salvó del naufragio gracias a un barco español, y soy yo mismo. Fui recogido y criado por el capitán de ese barco, que me educó en la carrera de las armas. Cuando conocí a Elisa en esta ciudad quedé enamorado de ella, pero al conocer la severidad de su padre, hube de introducirme en la casa de esta forma encubierta.

ANSELMO.- ¿Qué pruebas podéis aportar de cuanto decís?.

VALERIO.- El capitán español podrá testificar y aportar pruebas: un sello de rubíes que era de mi padre y un brazalete de ágata que mi madre me había puesto en el brazo...

MARIANA.- Yo también puedo responder de vuestras palabras, pues cuanto habéis dicho me hace saber claramente que sois mi hermano.

VALERIO.- ¡Vos mi hermana!

MARIANA.- Así es, ya que nuestra madre, que tampoco pereció en el naufragio, me habló mil veces de sus infortunios y de todos los detalles que habéis descrito. Nuestra madre y yo fuimos salvadas por unos piratas, que tras diez años de esclavitud, nos liberaron en Nápoles, desde donde hemos ido de ciudad en ciudad, hasta llegar aquí, donde vivimos humildemente.

ANSELMO.- ¡Oh, cielos! ¡Ahora percibo claramente que esto es un milagro! ¡A mis brazos, hijos míos! ¡A los brazos de vuestro padre!

HARPAGÓN.- ¿Sois el padre?

ANSELMO.- Soy en efecto don Tomás de Alburci, a quien el cielo salvó de las aguas; vago desde hace dieciséis años buscando a mis hijos a fin de entregarles todo el dinero que pude rescatar. Creyendo muerta a mi esposa, vuestra madre, estaba a punto de iniciar una nueva vida en esta ciudad.

HARPAGÓN.- ¿Valerio es vuestro hijo?.

ANSELMO.- En efecto; y Mariana, mi hija.

HARPAGÓN.- Entonces devolvedme los diez mil escudos que vuestro hijo me ha robado.

VALERIO.- ¿Quién os ha hecho creer esa mentira?

HARPAGÓN.- Maese Santiago, en presencia del comisario. *(En este momento entra en escena Cleanto).*

CLEANTO.- No os atormentéis más, padre mío, ni acuséis a nadie sin verdaderas pruebas. Puedo afirmaros que si queréis dejarme casar libremente con Mariana, vuestro tesoro os será devuelto.

HARPAGÓN.- ¿Mi tesoro? ¿Dónde está?

CLEANTO.- Está en un sitio seguro del que os respondo personalmente. Pero a vos toca decidir: escoged entre darme a Mariana como esposa o perder el cofre con vuestras monedas de oro.

HARPAGÓN.- ¿No falta nada del cofre?.

CLEANTO.- Nada, os lo aseguro.

MARIANA.- Además de su consentimiento, se necesita ahora el de nuestro padre, que acaba de devolverme el Cielo.

ANSELMO.- Señor Harpagón, tenéis que comprender que la elección de esposa es asunto de los hijos antes que de los padres...

HARPAGÓN.- Sin mi tesoro, no podré dar dote a ninguno de mis hijos.

ANSELMO.- Yo tengo suficiente para todos. No os preocupéis de esto ahora.

HARPAGÓN.- Y además necesitará un traje para la ceremonia...

ANSELMO.- De acuerdo. Vayamos a celebrar la dicha que este día nos ha deparado.

COMISARIO.- ¡Hola, hola! Poco a poco. ¿Quién me pagará mis honorarios?.

VALERIO.- El falso denunciante, Maese Santiago, se encargará de eso.

ANSELMO.- Vamos, hijos míos, a comunicar esta alegría a vuestra madre.

HARPAGÓN.- Y yo a ver mi querido cofre. (*Salen todos*).

FINAL